

Las horas rubias

José Siemss

A la memoria de Rosaura G.

Cuando Ugo se sienta en el parque es como si se paralizaran las horas. Del ambiente se forma un retrato eterno, un retrato con sus ojos buscando el cielo entre los huecos de la arboleda. Lo he dejado sentado en la banca; son las dos de la tarde, este lapso del día en que un ejército de recuerdos se prepara para desfilarse. A mí no me queda otro recurso más que verlo desde lejos, sentado en esa banca sombreada de nubes cabizbajas, bajo momentos de mayo, pensando quizá en alguna de las batas blancas de su tía Rosaura: El recuerdo de su intoxicación consanguínea.

Al principio yo no quería dejarlo solo, y menos con tantas horas bajo el sol. Solía ir a buscarlo, temiendo por una insolación o que en verdad se presentara su tía Rosaura y se lo llevara con ella. Pero todos los días una de sus respuestas me hacía pensar que él tenía la razón, y poco a poco empecé a entender que el estado de emergencia era el estado en el que quería estar. Así, durante tantos años, me conformo solamente con vigilarlo, mientras sus pupilas se hundían más y más en la búsqueda de un cielo completo.

El parque se extiende por todos los lados a donde uno mire. No hay muchas flores, poco viento, no hay gotas de lluvia, sólo una memoria que se teje mal a sí misma. Un jardín tapizado de sauces, cedros y guayacanes; con lomeríos pelones y una lengua gris por donde se debe pasear. Tampoco hay pájaros sino hasta más tarde, poquíssimos los ruidos, quizá el quiebre de los cabellos de Ugo por todo lo mucho que tiene que recordar. El calor también es laxo, se va filtrando como un suave vapor hasta llegar a los huesos. En estas tierras los rayos del sol sólo hacen daño si uno quiere, los cuerpos no pueden sucumbir ante la iluminación cuando eso es lo que se busca. Follaje verde verduzco-quemado... todo es como una jaula selvática. Y

aunque no se vean más que árboles no todo es tan grande como parece, más allá de la cascada que forman los sauces está la realidad.

Cada vez que el viento arrastra una nube arrastra también a Rosaura. Una mujer de tacones, de lavanda y olanes que camina por los andenes del parque. La que raramente espía por una fotografía. La mujer del taconazo, la chica del bilé y el pastel de castañas, la de las callas y lo gourmet. Aquella mujer con la noche reflejada sobre sus brazos desnudos... Ugo la recuerda casi siempre en la batea, suavizando la ropa o dejando pulcro el pescado. Por las mañanas regando su planta de uva con agua fría, cortando limones para la bebida del desayuno, respirando la humedad del amanecer como preguntándose qué placer le destinaría el rocío. Pero ninguna de esas ocasiones se le grabó más en la mente, nada como aquel día que la vio llegar como a eso de las tres de la tarde:

Ugo subió al tejado como era su costumbre. Apenas era un niño con la piel aduraznada. Rosaura se aproximaba por la única calle del pueblo, envuelta en un vestido de lunares y con un sombrero que la hacía volar. Todavía venía lejos pero ya se olía su perfume a Villahermosa, se podía oír el balanceo de sus caderas y sus tacones embarrarse en el pavimento. ¡Esas horas tostadas pegadas al cuerpo! ¡Ese fuego epicúreo quemando las horas! Ella llegó y entró a la casona paterna, luego salió al patio donde la abuela lavaba, después abrió el portón de su jardín, tocó la puerta cerrada y un minuto después pegó el grito en el cielo.

— ¡Maldita la hora de la sombrilla! —decían las mujeres.

— ¡Maldita la hora del sudor! —decían los hombres.

Y el sol seguía lustrando el cielo haciendo sudar más a los cuerpos.

Antes del grito, antes de tocar la puerta y mucho antes de entrar al jardín, Rosaura vio a Ugo en el tejado.

— Mira, Ugo, te traigo un regalo. ¡Canicas color león!
—le dijo.

Y le enseñó un puñado de bolas que parecían ojos de gato. Pero Ugo no bajó porque mucho más antes vio a un hombre cerrar la puerta. Era el esposo de Rosaura: Israel se llamaba. Tenía el aspecto del campo tatuado al cuerpo. Llevaba más de una semana tomando alcohol en las cantinas del pueblo. Le habían visto en una riña por la mañana. Y cuando su esposa Rosaura llegó de la ciudad le pareció raro el encierro. Ella espió por las puñaladas de la puerta de lámina y fue cuando vio el cadáver: El cadáver de Israel colgando de una hamaca amarilla.

¡Quién cierra la puerta con tanto calor a estas horas del día! ¡Por Dios!

Son las cuatro de la tarde y Ugo sigue paralizando las horas. Parece tan desnudo dentro de esa bata blanca, como una aparición de más tela que carne. Tiene la cara huesuda y desvaída, las uñas moradas y los pies descalzos untados de polvo. Allí sentado parece un fantasma, enjaulado entre toda esta frondosidad, inmóvil y privado, pero con los recuerdos ardiendo. A veces una nube color plomo le da sombra, haciéndome recordar que los humanos nos morimos porque tenemos conciencia. Instinto y conciencia... ¡da lo mismo! ...Ahora pasa volando un zopilote negro, va dibujando su sombra tanto en la tierra como en el cielo, trayendo la Rosaura de cada día: La calle del pueblo estaba mojada por un aguacero de treinta minutos. Los paraguas se habían apagado pero el arco iris nunca salió. Las jardineras estaban hartas y las escobas también. La familia de Ugo se encerró en sus habitaciones, nadie quería hablar con Rosaura antes de irse. Se escurrían las banquetas como de tanto llanto acumulado / Se acumuló el llanto por no escurrir desde hace tanto en las banquetas. Ugo subió al tejado y desde allí vio a Rosaura marcharse. Habían pasado ya varios meses desde el suicidio de Israel, la planta de uva estaba seca y los plañidos por todo habían terminado. Rosaura arrastrando su sombra por entre los charcos fúlgidos... Ella se fue con una valija pequeña, con un sombrero que apenas la levitaba y llevaba puesto un vestido de encaje que la humedad fue pulverizando. Se fue con su perfume deslavado hasta que se perdió junto con el eco de sus tacones. Las canicas de Ugo rodaron por el tejado y se enterraron en el lodo del patio. Y así fue como Rosaura se marchó, dejando una estela de alusiones en la mente de su sobrino, secándose como una cortina al viento en aquellas horas de mayo.

Las murmuraciones del pueblo no se hicieron esperar. Contaban que veían a Rosaura vagando por el centro de

la ciudad. Decían que andaba descalza por la orilla de los ríos, o con guantes buscando comida en la basura de los mercados. Que se prostituía sólo cuando llovía o cuando tenía un vestido nuevo. Otros dijeron que cuando le impidieron la entrada a todos los centros comerciales se volvió loca por no poder comprar. ¡Cotilleos pueblerinos! ¡Imaginativa manera de sacudirse el calor! Se supo que la internaron en una clínica psiquiátrica y que murió de un infarto como diez años después. Y aunque todo fue así, Ugo imagina que se suicidó en la tina de un baño, hundida en agua de crisantemos con sus pollerines de viruela. Nadie en la familia de Ugo habló de ella después de que se fue. La culparon del suicidio de Israel porque ella nunca pudo darle hijos. Decían que lo decepcionó cuando ella fingió estar embarazada, que la situación lo condujo al alcoholismo y después a la muerte. Ugo se acuerda muy poco de Israel, solamente unas visiones cuando este apuñalaba la puerta imaginándose que era el cuerpo de su mujer.

El parque va tornándose un poco pajizo. Poco a poco va bajando la temperatura y los recuerdos. Se va yendo el calor que lentamente hace respirar lo que queda de la primavera. Y el viento parece ya más fuerte..., y el polvo fresco y algunos gritos lejanos. A los árboles van llegando los zanates con sus desgredados gritos. Ugo mueve la cabeza sacudiéndose sus demonios; terminando de respirar este ambiente que años atrás Rosaura también sintió. Y yo estoy listo para terminar mi trabajo en este encierro. Me pongo a pensar cuan afortunado sería vivir en un mundo donde nada pesa, ni siquiera la memoria de la cual los seres se alimentan... Pero un grupo de nubes empieza a tapar los destellos de la tarde, parece que este día habrá una lluvia refrescante... Parece que mayo ya no es como antes...

Me dirijo a la banca del parque. Ugo ya está aplaudiendo y su expresión en la cara es como si se mascara la lengua. Yo creo que cada vez que hace eso es porque está feliz, no cualquier ser humano termina el día de esa manera. Unos pasos más y ambos salimos del parque, caminamos hacia los cuartos, hacia los cuartos inertes. Y siempre sucede lo mismo..., es como una sensación de abandono, es como el mundo dormido bajo la anemia del sol creyendo que es noche. Tengo el presentimiento de que siempre olvido algo, quizá sea la costumbre o Rosaura que en la banca espera...

Ya son las seis de la tarde y Ugo ha paralizado las horas. •

JOSÉ SIEMSS. Escritor y cuentista. Correo electrónico: supreme13@mexico.com